

penuria pública era en verdad un insulto perenne al infeliz pueblo. En lo de haber encumbrado á todos sus deudos y amigos, y monopolizado en ellos los cargos de honra y de lucro, cosa es en que no se diferencié de otros validos. Sin career el de Olivares de entendimiento, cometió mas torpezas que si hubiera sido un imbécil. La soberbia y el orgullo le cegaban, y teniendo una razon clara, obraba como un negado. Empeñóse en llamar *Grande* á su rey y dió lugar á que se dijera con sarcasmo de Felipe que era *grande* á semejanza del hoyo, que cuanta mas tierra le quitan mas grande es. Para dominar al monarca quiso distraerle de los negocios, y por tenerle distraído le hizo disipado, y corrompiendo al monarca desmoralizó la nacion.

Hay quien hace subir á ciento diez y seis millones de doblones de oro lo que sacó de los pueblos en donativos é impuestos extraordinarios, de los cuales gran parte se disipó en fiestas, banquetes y saraos, y entre comediantes y toreros, parte se distribuyó entre los vireyes y gobernadores amigos, y parte se destinaba á mal pagar ejércitos que eran derrotados y navios que se perdian, que solo de estos se calcula haberse perdido mas de doscientos y ochenta entre el Océano y el Mediterráneo durante la funesta administracion del conde-duque. Agregando á estas pérdidas las de las provincias y reinos, la del ducado de Mantua, la de casi toda la Borgoña, la del Rosellon, y la del reino de Portugal con sus inmensas posesiones de Oriente, con razon aplicaba la malicia á la grandeza de Felipe IV el simil de la grandeza del hoyo. Soñó el de Olivares en hacerle señor de otros reinos, y le faltó poco para hacerle perder todos los suyos.

Una de las mayores desgracias del de Olivares, menester es confesarlo, fué haber tenido por adversario al gran ministro de Francia el cardenal de Richelieu, y uno de los mayores yerros á que le arrastró su orgullo fué el de haberse querido medir con aquel gran político. Sin un Richelieu al frente, á no dudar el de Olivares habria parecido menos pequeño y habria sido menos desafortunado. Y su desgracia fué tal que la muerte de Richelieu precedió muy poco tiempo á su caída.

## CAPÍTULO XI

### CATALUÑA.—PORTUGAL.—FLANDES

#### La paz de Westfalia

DE 1643 Á 1648

Aspecto general de España despues de la caída del conde-duque.—Nueva vida y conducta del rey.—Francia despues de la muerte de Richelieu y de Luis XIII.—La reina Ana de Austria, regente del reino en la menor edad de Luis XIV.—El cardenal Mazarino.—Célebre batalla de Rocroy, funesta para España.—Toman los franceses á Thionville.—Batalla de Tuttlingen, gloriosa para los imperiales y españoles.—Tratado entre Francia y la república holandesa.—La guerra de Cataluña.—Recursos que votan las córtes.—Don Felipe de Silva derrota á la Motte.—Jornada del rey: entra en Lérida.—Sitia el francés á Tarragona.—Huye derrotado.—Muere la reina doña Isabel de Borbon.—Vuelve el rey don Felipe á Aragon.—Desgraciada campaña de Cataluña.—Piérdese Rosas.—Triunfa el marqués de Leganés sobre el de Harcourt en Lérida.—Muere el príncipe don Baltasar Carlos.—Mudanza en la vida del rey.—Nombrá generalísimo de la mar á su hijo bastardo don Juan de Austria.—Privanza de don Luis de Haro.—Nuevo sitio de Lérida por el francés.—Defensa gloriosa.—Retirada del marqués de Aytona á Aragon.—Guerra de Portugal.—Torrecusa y Alburquerque.—El marqués de Leganés y el conde de Castel-Melhor.—Pasan siete años sin adelantar nada sobre Portugal.—La guerra de Flandes.—El duque de Orleans.—Pérdidas y reverses para España.—El duque de Enghien.—Division en los generales españoles.—Nuevas pérdidas.—El archiduque Leopoldo de Austria nombrado virey y gobernador de Flandes.—Vicisitudes de la guerra.—Tratado de Munster.—Reconoce España la independencia de la república holandesa.—Paz de Westfalia.

La alegría que embargaba al pueblo al ver satisfecho el afán de tantos años con la separacion del conde-duque, y el buen deseo que al propio tiempo le animaba, hacíanle creer, que en tales casos acontece siempre, y no era el vulgo solo el que alimentaba esta idea, que con la caída del privado se iban á remediar todos los males, á levantarse de su postracion la

monarquía, y á recobrar esta su antiguo lustre y grandeza. Esta disposicion de los ánimos es ciertamente ya un gran bien, y puede ser principio del remedio del mal.

Y en verdad el aspecto que presentaba el horizonte político dentro y fuera del reino era muy otro. El rey, apartado de la vida de disipacion y de placeres en que le tenia sumido el favorito, se dedicaba al estudio y al despacho de los negocios, y los consejos volvieron á sus antiguas funciones, distribuyéndose convenientemente los trabajos. La reina habia recobrado su merecida y legitima influencia, y la influencia de la reina Isabel era en este tiempo muy saludable. Los mismos amigos del ministro caído ponian buen rostro á la mudanza de las cosas, y ayudaban al nuevo gobierno, siquiera por no perder lo que les quedaba. Los perseguidos y oprimidos por el conde-duque iban siendo colocados ó repuestos en los cargos mas importantes, y algunos eran para ellos traídos del destierro ó sacados de las prisiones. Así se vió al marqués de Villafranca, duque de Fernandina, volver al generalato del mar; al bueno, al generoso almirante de Castilla Enriquez de Cabrera, ser destinado al vireinato de Nápoles, en reemplazo del duque de Medina de las Torres, sobrino del de Olivares, contra el cual se habia levantado gran clamor en aquel reino: á don Francisco de Quevedo, el severo censor de los desvarios del conde-duque y de la corrupcion de la corte, salir del cautiverio de Leon, donde tantos años le tuvo la mala voluntad del ministro que no sufría censura: á don Felipe de Silva, noble portugués y valeroso capitán de los tercios de Flandes, el triunfador de Fleurus y de Maguncia, á quien el conde-duque por injustas sospechas de deslealtad cuando la revolucion portuguesa hizo reducir á prision como al príncipe don Duarte, ser nombrado capitán general del ejército de Cataluña en reemplazo del desgraciado marqués de Leganés, el favorito del de Olivares. Así se iba remediando mucho; aunque no todo, como se irá viendo, se hacia con acierto.

Por otra parte la muerte del gran cardenal de Richelieu, á quien no porque fuese el mortal enemigo de España dejáremos de reconocer como el mayor político de su siglo, y que supo elevar la Francia á un grado admirable de poderío y de grandeza: la muerte, decimos, de Richelieu, era para nuestra monarquía uno de los sucesos mas prósperos que podian haber coincidido con la caída del desatentado ministro español que quiso ser su rival. El rey Luis XIII de Francia no sobrevivió al cardenal sino el tiempo indispensable para ejecutar las últimas órdenes de su ministro, y como á la muerte de Luis XIII (13 de mayo de 1643) quedaba la reina doña Ana de Austria, hermana de nuestro rey don Felipe IV, gobernando aquel reino como regente y tutora de su hijo, príncipe de solos cinco años, todo inducia á creer que la Francia, por las discordias consiguientes á los reinados de menor edad, habia de enflaquecerse; y por los lazos de la sangre entre aquella reina y nuestro rey, faltando ya nuestro terrible enemigo Richelieu, habia de sernos menos hostil. Una paz con Francia, y deseaban la paz las potencias de Europa, era lo que nos habria podido rehabilitar para reparar los desastres de Cataluña, prepararnos á la recuperacion de Portugal, y conservar lo de Italia y lo de Flandes. Pero si bien parece haberse pensado en ello bajo la base del matrimonio de la infanta María Teresa con el delfin, es lo cierto que en los consejos del rey don Felipe despues de la caída del de Olivares, tras de larga discusion, prevaleció la resolucion de continuar la guerra abriendo nueva campaña en Cataluña, sin dejar de poner en defensa las plazas de la frontera de Portugal (1).

Mas antes de referir lo que pasó en estos dos puntos extremos de nuestra península, cúmplenos observar que contra todo lo que parecia deber esperarse, nada nos fué mas funesto que el golpe que de Francia recibimos inmediatamente despues de la muerte de Luis XIII y calientes todavia, por decirlo así, sus cenizas. Ya no nos eran favorables las miras y

(1) «Diéronse, dice un historiador de aquel tiempo, algunas muestras de querer tratar de paz... decian que toda la Francia la queria y la deseaba; solo el príncipe de Condé no venia en ella. Finalmente hoy que es el 1.º de noviembre no hay señal ninguna de demostracion, ni de poder arribar á ningun tratado, ni se ha enviado embajador de cuenta por la una ni por la otra parte.» Vivanco, Hist. de Felipe IV, lib. XL.

disposiciones que hácia nosotros animaban al cardenal Mazarino, digno sucesor de Richelieu, el ministro privado de la reina madre, como Richelieu lo habia sido de Luis XIII; hombre no menos ambicioso que él, y si no tan gran político, mas astuto y sagaz, y mas sereno é impasible, sobradamente conocido ya de los españoles, como quien al principio de su carrera habia estado al servicio de España. Pero el primer golpe nos vino mas de los hombres de la guerra que de los hombres políticos que formaban el consejo de la regencia de la reina viuda.

Dejamos dicho atrás que el punto en que se habian sostenido con gloria las armas de España eran los Países Bajos. Pero la desgracia andaba ya con nosotros en todas partes. El cardenal infante don Fernando, que con tantos esfuerzos habia sostenido y con tanta prudencia gobernaba las provincias flamencas, fué acometido en el campamento de una fiebre maligna, que cayendo en un cuerpo harto quebrantado ya con las fatigas y trabajos, le obligó á retirarse á Bruselas, donde al fin sucumbió (9 de noviembre, 1641), tan llorado del ejército como nunca bastante sentido en España, para cuyo reino era una pérdida irreparable. Fué esta una de las mayores desdichas que en aquellos fatales años experimentamos. Reemplazóle en el gobierno una junta compuesta de don Francisco de Melo, conde de Azumar, el marqués de Velada, el conde de Fontana, que eran los jefes de las armas, el arzobispo de Malinas, y Andrea Cantelmo. Luego la corte de España nombró gobernador único, en tanto que iba alguna persona real, á don Francisco de Melo, noble portugués, que habia desempeñado el vireinato de Sicilia y la embajada de Alemania, y de los pocos portugueses que despues de la revolucion de su reino permanecieron fieles á España.

No dejó de sonreír en el principio la fortuna á Melo y á nuestras tropas de Flandes. Tocóle á aquél la suerte de recobrar á Ayre, tomó la plaza de Lens, y sobre todo dió una famosa batalla en Honnecourt contra los mariscales franceses Harcourt y Granmont, en que despues de haberles cogido toda la artillería y municiones, con muchas banderas (que luego fueron traídas á España y colgadas en los templos), dejó el ejército enemigo tan derrotado, que el de Granmont no paró en su fuga hasta San Quintín con cinco escasos escuadrones sin oficiales (1642). Esta victoria, que valió á Melo el título de marqués de Torrelaguna con grandeza de España, en lugar de servir para facilitar otras conquistas, no sirvió sino para adormecer á nuestros generales y causar escisiones entre ellos.

En tal estado, y viendo las provincias de Flandes nueva y muy seriamente amenazadas por la Francia, dióse orden al de Melo para que abriese pronto la campaña y distrajese por aquella parte á los franceses.

Reunió pues el de Melo un ejército de diez y ocho mil infantes y dos mil caballos, y llevando por generales al duque de Alburquerque y al conde de Fuentes, se fué á poner sitio á Rocroy, plaza de la frontera de Francia de parte de las Ardenas, con la idea de que si lograba tomarla podria penetrar hasta la capital, y apresuró el ataque por si lograba apoderarse de ella antes que pudiera recibir socorros. Pero un ejército francés igualmente numeroso que el nuestro se puso inmediatamente en marcha en socorro de la plaza amenazada. Mandábale un general que apenas contaba veintidos años, pero que de inteligencia, impetuosidad y bravura habia dado ya brillantes pruebas en varias ocasiones. Era este el joven duque de Enghien (1). Acompañábanle los generales Gassion, d'Hopital y Espenan. Contra el dictámen del mariscal de l'Hopital que llevaba orden de contener la impetuosidad del joven príncipe, colocó el de Enghien su ejército, luego que reconoció el campo enemigo, en disposicion de atacar el español. Puestos ya en orden de batalla uno y otro ejército, pasaron así toda la noche (del 18 al 19 de mayo, 1643). Al amanecer del 19 mandó el príncipe de Condé (el duque de Enghien) atacar con vigor á mil mosqueteros españoles que ocupaban un pequeño bosque, y del cual fueron arrojados despues de una obstinada defensa.

(1) Llevaba entonces este título el que despues fué conocido por el Gran Condé.

Hízose despues mas general el combate. No describiremos las diferentes evoluciones que unos y otros ejecutaron, y los trances y fases que fué llevando la batalla. Baste decir, que despues de seis horas de encarnizada pelea, en que la victoria pareció inclinarse mas de una vez en favor de los españoles, se declaró al fin decididamente por los franceses, en términos que fué uno de los desastres mas terribles y funestos que en mucho tiempo habian sufrido las armas de España. Hiciéronnos seis mil prisioneros, y quedaron ocho mil muertos en el campo: cogiéronnos diez y ocho piezas de campaña y seis de batir, y perdimos doscientas banderas y sesenta estandartes. El conde de Fuentes, que acosado de la gota se habia hecho conducir en una silla para mandar la accion, perdió la vida gloriosamente despues de haber resistido briosamente tres ataques. Con él perecieron muy bravos capitanes y maestros de campo. El enemigo no compró el triunfo sin sangre. El de Melo recogió las reliquias de nuestro destrozado ejército y se retiró con ellas. Tal fué la tristemente famosa batalla de Rocroy, dada á los cinco dias de la muerte de Luis XIII, y que si para España funesta, pareció feliz presagio á los franceses para el próspero reinado del niño Luis XIV que bajo la tutela de su madre se mecia entonces en la cuna. Quedaron allí desgarradas las banderas de los viejos tercios españoles de Flandes, terror en otro tiempo de Europa. Y lo peor era que no habia modo de reparar la pérdida de hombres y de dinero, y que iba á quedar á merced de los vencedores aquel país por cuya conservacion se habia derramado tanta sangre y consumidose tantos tesoros (2).

El de Enghien, despues de descansar dos solos dias en Rocroy, que no era el genio del joven general para darse ni dar á sus tropas mucho reposo, fué á acampar á Guisa, y aunque resuelto ya á poner sitio á Thionville, á fin de disimular y con el objeto de distraer á los enemigos entróse en el Henao, tomó algunos fuertes, asustó á los gobernadores de Flandes adelantando algunas partidas casi hasta Bruselas, y luego se puso delante de Thionville, plaza importantísima sobre el Mosa, que cubria á Metz y abria el camino para el ducado de Tréveris. La plaza, aunque defendida solo por mil doscientos españoles, y batida por toda la artillería francesa, con mas diez y siete piezas que se llevaron de Metz, circunvalada por veinte mil hombres, minada, y muchas veces asaltada, se sostuvo con gloria por espacio de dos meses hasta que murieron el gobernador y las dos terceras partes de sus defensores, y rindióse á los treinta dias de abierta trinchera (22 de agosto, 1643), saliendo aquellos con todos los honores de la guerra, y quedando el ejército francés tan rendido y maltratado que no se atrevió el de Enghien á acometer por algun tiempo empresa de consideracion. Reparó las fortificaciones, limitóse á ocupar algunos pequeños castillos entre Thionville y Tréveris, y volvióse á Paris, donde recogió los aplausos que habia ganado, dejando el mando de las tropas al duque de Angulema.

Perdió con esto el de Melo toda la reputacion que el año anterior habia adquirido; pedian los estados su separacion, y la corte de España despues de algunas dudas nombró para sustituirle al conde de Piccolomini. Pero en tanto que iba, tuvo el de Melo la fortuna de reponerse en el concepto público por haber contribuido con un socorro oportunamente enviado á un gran triunfo que las armas imperiales y españolas alcanzaron en la Alsacia. Habia invadido esta provincia el general francés Rantzau con diez y ocho mil hombres, al intento de lanzar de ella á los españoles y alemanes. Ocurrióle á don Francisco de Melo enviar á los generales del imperio que allí habia, duque de Lorena, Mercy y Juan de Wert, un refuerzo de dos mil infantes y otros dos mil caballos al mando del intrépido comisario de la caballería don Juan de Vivero. Dióse la batalla en las cercanías de Tuttlingen, condujéronse con tal bizzarria los imperiales, y llegó tan á punto el socorro

(2) Las historias de Francia, de Flandes y de España.—Murieron tambien el conde de Villalba, y los maestros de campo Velandia y Castelli: el duque de Alburquerque recibió una estocada sobre el lado derecho que le pasó el colete y jubon, pero defendióle, dicen, un escapulario de Nuestra Señora del Carmen que llevaba.



enviado por Melo, que la derrota de los franceses no pudo ser mas completa: quedó prisionero Rantzau, con todos sus generales y oficiales, cogiéronseles cuarenta y siete banderas y veintiseis estandartes, catorce cañones y dos morteros con las municiones y bagajes. Debióse principalmente tan completa victoria á la caballería mandada por don Juan de Vivero, con lo cual no solo ganó este jefe fama y renombre de gran soldado, sino que desde entonces, y al revés de lo que siempre habia sucedido, cobró la caballería española gran superioridad sobre la infantería, que fué un notable cambio en la reputación de ambas armas.

El triunfo de Tuttlingen fué una buena compensación de la derrota de Rocroy, y hubiera mejorado notablemente nuestra comprometida situación en Alemania y en Flandes, si para sacar partido del último suceso no hubieran andado los nuestros tan flojos como activos anduvieron los franceses y holandeses para estrechar su alianza y unir sus fuerzas. Que esto los avivó para celebrar un nuevo pacto de union entre la reina regente de Francia, á nombre del rey menor Luis XIV su hijo, y los estados generales de las Provincias Unidas de Holanda (1).

Veamos ya lo que entre tanto habia pasado dentro de nuestra Península por Cataluña y Portugal.

Cuando se determinó abrir la campaña por Cataluña, hubiérase de buena gana emprendido tambien la de Portugal, si las fuerzas hubieran alcanzado para ello. Porque los portugueses, alentados con la debilidad que observaban por parte de España, si bien no estaban todavía para emprender cosa formal contra Castilla, hacían atrevidas incursiones dentro de nuestras tierras, así por la provincia de Beyra, como por la de Tras-os-Montes y de Entre-Duero-y-Miño, sin que ni el duque de Alba por la parte de Ciudad-Rodrigo, ni el conde de Santisteban por la de Extremadura pudieran tampoco acometer empresa formal contra aquel reino por falta de gente, limitándose á algunas incursiones, y haciendo unos y otros mas bien una guerra vandálica de incendio, de saqueo, y de robo de ganados, que una guerra propia de dos naciones. Serviales esto, no obstante, á los portugueses para ejercitarse en las armas, y dábales tiempo á prepararse para cosas mayores. Mas no podía, como hemos dicho, atenderse á todo; y así redujéronse al pronto todos los medios á mandar á los señores y á las milicias de Andalucía y Extremadura que acudiesen á la defensa de la frontera de Portugal, y atendióse con preferencia á lo de Cataluña, porque la Motte-Houdencourt amenazaba á Aragon, cuyas plazas estaban en su mayor parte indefensas, y pudiera fácilmente internarse hasta en el corazón de Castilla.

Y no sabemos cómo esto no sucedió; porque nuestras tropas desde aquella desgraciada acción de las Horcas apenas soportaban ya la vista del enemigo. Así aconteció en el sitio que pusieron á la villa de Flix (1643), que acudiendo la Motte y acometiendo nuestro campo, dejaron en él los nuestros doscientos muertos y quinientos prisioneros, huyendo los demás, jefes y soldados, abandonando cañones, banderas, municiones y bagajes. Los soldados desertaban y se iban á sus casas, como al principio de la guerra.

El nombramiento de don Felipe de Silva para el mando en jefe de aquel ejército, y los esfuerzos que se hicieron para aumentarle, dieron ya otro aspecto á las cosas. Las córtes de Castilla, ya que la situación del reino no les permitía otorgar al pronto recursos, concedieron un servicio de veinticuatro millones pagaderos en seis años (23 de junio de 1643), que empezaría á correr en 1.º de agosto de 1644 (2). Por fortuna llegó á tiempo la flota de Méjico con los galeones cargados de plata, que vino oportunamente para pagar y mover las tropas que de todas partes se recogían. El marqués de Torrecusa pudo obtener de Nápoles su patria hasta cuatro mil soldados; reclutó el de Villator un buen tercio en Cerdeña; Valencia,

(1) *Pacta confederationis et societatis inter Regem Ludovicum XIV et Ordines generales Provinciarum Unitarum in Belgio: inita Haye Gomitis anno 1644 calendis martii.*—*Pacta Galie*, cap. LXVIII.

(2) Colección de córtes, en el archivo de la suprimida Cámara de Castilla.

Andalucía y Aragon aprontaron cada una buen golpe de gente, con que pudo reunirse en la frontera de Aragon y Cataluña un ejército de cerca de veinte mil hombres. Determinó el rey hacer otra vez jornada á Aragon, y así se lo habian suplicado tambien de aquel reino; no como en tiempo del conde-duque para permanecer como enjaulado en Zaragoza y pasar el tiempo entre juegos circundado de cortesanos, sino para presenciar las operaciones de la guerra, y atender á todo, y alentar, ya que no dirigir, á generales, cabos y soldados. Dejó pues encargado el gobierno á la reina, y él fué á alojarse á Fraga, en tanto que don Felipe de Silva, despues de haber recobrado á Monzon, ponía sitio con quince mil hombres á la plaza de Lérida (marzo, 1644).

Antes de terminarse las obras del sitio, presentóse la Motte, y por medio de una hábil manobra metió socorro de hombres y municiones en la plaza; pero acometido por el de Silva, despues de un reñidísimo combate fué derrotado el francés, dejando en el campo sobre dos mil muertos y mil quinientos prisioneros, y huyendo hácia Cervera los pocos que quedaban (15 de mayo, 1644). La plaza con aquel socorro se sostuvo por mas de cuatro meses, hasta que la falta de víveres la obligó á capitular (6 de agosto). Al día siguiente entró el rey en Lérida en medio de aclamaciones y como en triunfo. Hacia mucho tiempo que no tremolaban victoriosas las banderas de Castilla por aquella parte. Juró el rey respetar sus fueros, y los de toda la provincia, y así además del inmediato fruto de la toma de Lérida, de la reanimación del espíritu del país y del ejército, produjo tambien el de hacer venir á la obediencia poblaciones de la importancia de Solsona, Ager y Agramunt.

Lástima grande fué que don Felipe de Silva, que bajo tan felices auspicios habia comenzado la guerra de Cataluña, se negara noblemente á continuar en el mando, con razon resentido de ciertas desconfianzas que en el ánimo del monarca no habia cesado de sembrar contra él el conde de Monterrey que le acompañaba, y era de los pocos amigos del conde-duque que habian acertado á conservar el favor real. No fué posible vencer la delicadeza y quebrantar la resolución del pundonoso portugués, y dióse el mando del ejército al italiano don Andrea Cantelmo, uno de los del consejo de gobierno en Flandes despues de la muerte del cardenal infante don Fernando; hombre leal y de buenas prendas, pero no de gran fama como guerrero.

Deseoso el francés de vengar los descabros de Monzon y de Lérida, juntó cuanta gente pudo, y con doce mil hombres y gran tren de artillería se puso sobre Tarragona, en combinación con el mariscal de Brezé, que se encargó de cerrar con su escuadra la boca del puerto. Gobernaba á Tarragona, despues de la muerte del marqués de Hinojosa, conde de Aguilar, y de don Juan de Arce que le reemplazó y murió tambien, el marqués de Toralto, lugarteniente que habia sido del marqués de Pobar, y de los que habian sido llevados prisioneros á Francia despues de la lastimosa catástrofe de aquel ejército. La plaza fué embestida con gran furia el 18 de agosto, pero todos los ataques eran rechazados con gran pérdida de franceses. En mes y medio hizo el de la Motte disparar contra la plaza mas de siete mil cañonazos; dióle trece asaltos, en algunos de los cuales logró apoderarse de varios puntos fuertes, pero veía que los fosos se llenaban de cadáveres de los suyos. Y últimamente teniendo noticia de que se dirigía Cantelmo con su ejército en socorro de la ciudad, levantó el cerco y se retiró con la ignominia de haber perdido tres mil hombres inútilmente (3 de octubre, 1644). Así debió mirarlo la corte de Francia, cuando de sus resultados fué el conde de la Motte relevado de su empleo, y llamado para que diese cuenta del estado de Cataluña (3).

Motivo bien triste obligó á este tiempo al rey don Felipe á retirarse precipitadamente de Aragon y volverse á Madrid, cuando las cosas de Cataluña iban marchando con cierta prosperidad desacostumbrada. La reina doña Isabel de Borbon habia fallecido el 6 de octubre, con sentimiento y llanto

(3) Vivanco: Hist. MS. de Felipe IV, lib. XIII.—Tíó: Guerra de Cataluña, lib. VIII.

universal de toda la monarquía; que cabalmente en los últimos años se habian ofrecido á los españoles muchas mas ocasiones que cuando habia estado oprimida por el ministro favorito de su esposo, para conocer las grandes prendas que adornaban á aquella princesa, y la habian hecho acreedora al reconocimiento y á la estimación pública. Hiciéronse los honores fúnebres con la magnificencia que correspondía, y habiendo pasado el rey algun tiempo en el Pardo y en el Buen Retiro entregado al dolor de tan sensible pérdida, dedicóse despues á preparar lo necesario para la campaña del año siguiente en Cataluña.

Salió el rey otra vez para Zaragoza luego que llegó la primavera (11 de marzo, 1645). Quiso tener cerca de sí á don Felipe de Silva para valerse de sus consejos; pero los mejores generales se mostraban resentidos de ciertas preferencias que dispensaba á funestos consejeros, restos y como herencia del antiguo favoritismo. El marqués de Villafranca solicitó retirarse á sus estados de Fernandina en el reino de Nápoles; nególe el rey el permiso, pero al cabo el mando de las galeras que aquel tenia se dió á don Melchor de Borja, á quien hubo que quitárselo al poco tiempo, y entonces se confirió al marqués de Liñares, ilustre portugués que habia sido virey en la India.

Comenzó mal, para no concluir bien, este año la campaña de Cataluña. La reina regente de Francia habia nombrado virey de esta provincia al conde de Harcourt bien conocido en las guerras de Italia. Vino el de Harcourt con mas de doce mil hombres y buen tren de artillería, resuelto á tomar la plaza de Rosas, que abría la comunicacion entre el Rosellon y Cataluña. Encomendó esta empresa al conde du Plessis-Praslin, mientras una escuadra la bloqueaba por mar. La plaza fué embestida (22 de abril), sin que fuera fácil á nuestras tropas socorrerla desde Lérida. Defendíala don Diego Caballero con tres mil infantes y trescientos caballos, el cual la sostuvo por mas de dos meses, pero al fin capituló su entrega teniendo elementos para resistir todavía mucho tiempo. Atribuyósele de público haber obrado así por motivos poco honrosos y honestos; y algun fundamento debió tener el cargo, cuando despues fué preso en Valencia, entregado á las justicias de Castilla y conducido á la cárcel de Corte de Madrid.

El de Harcourt, que habia seguido internándose en el Principado atacó nuestro ejército cerca de Balaguer; nuestras tropas se dispersaron vergonzosamente huyendo por bosques y desfiladeros, y cercando el francés la ciudad la rindió sin mucha resistencia. Tal vez no habria parado hasta franquear la frontera de Aragon, á no haber tenido que retroceder á Barcelona para sofocar una conspiracion que allí se habia formado con el designio de entregar la ciudad á los españoles. Todos los conjurados fueron presos y ajusticiados, á excepcion de la baronesa de Albes, que no obstante ser la que estaba al frente de la conspiracion, fué la que alcanzó mas indulgencia, por motivos que la política encubrió, pero que la malicia achacó, tal vez no sin fundamento, á influencias de su hermosaura.

Fueron pues muy de caida para España en este año de 45 las cosas de Cataluña. El rey, que en 11 de agosto habia convocado córtes aragonesas para el 20 de setiembre, permaneció en Zaragoza hasta el 3 de noviembre en que se disolvieron. En ellas, y este era su principal objeto, se reconoció y juró como heredero del trono al príncipe don Baltasar, su hijo único, que á su vez juró guardar y hacer guardar las leyes del reino (1). Despues pasó á Valencia, donde habia convocado tambien (18 de agosto) córtes de valencianos con el propio objeto. Juróse igualmente en ellas al príncipe don Bal-

tasar Carlos (13 de noviembre), y concluidas que fueron (4 de diciembre), regresó el rey á Madrid (2).

En Valencia habia convocado tambien córtes de Castilla (2 de diciembre, 1645) para el 15 de enero del año siguiente en Madrid. Abriéronse estas el 22 de febrero (1646). Los apuros para continuar tantas guerras como habia pendientes eran tan grandes, que en medio de la penuria general los procuradores no pudieron menos de votarle algunos subsidios, bien que paulatinos y pequeños, porque otra cosa el estado de los pueblos no permitía (3).

A pesar de los desfavorables recuerdos que el marqués de Leganés habia dejado en Cataluña y de la prision que por ello habia sufrido, habiendo muerto los dos últimos generales Silva y Cantelmo, nombróse otra vez el rey don Felipe virey y capitán general del Principado. Que harto se le conocía estar otra vez dominado por los favorecidos del antiguo valido Olivares, no obstante haber dejado ya este de existir (4), y principalmente don Luis de Haro, su sobrino, hijo del marqués del Carpio, que con general disgusto habia reemplazado en la privanza al de Olivares su tío. En tanto que el de Leganés se preparaba para la campaña, salió el rey otra vez de Madrid (14 de abril, 1646), dirigiéndose á Pamplona, con objeto de hacer jurar tambien en las córtes de Navarra al príncipe don Baltasar Carlos, lo cual parecia tener entonces embargado todo su pensamiento, y así se verificó en 25 de mayo siguiente (5).

Tuvo el marqués de Leganés la fortuna y la habilidad de lograr en la campaña de este año un triunfo que hizo olvidar en gran parte las malas impresiones de su desgracia anterior. Tenia el de Harcourt circunvalada la ciudad de Lérida; habíase atrincherado fuertemente en su campamento; seis meses llevaba ya el francés sobre la plaza; la miseria y el hambre apretaban á la guarnición, y el marqués de Leganés no parecia á redimirla, siendo en tan largo trascurso de tiempo objeto de desconfianza y de murmuración. Pero un día, fingiendo una retirada y haciendo á sus tropas dar un largo rodeo por unos desfiladeros, cayó de improviso sobre las descuidadas líneas francesas, las rompió y derrotó, causando tal espanto y desórden al enemigo, que hubo de retirarse con gran pérdida. Ya las molestias y fatigas del sitio habian mermando bastante el ejército de Harcourt, de suerte, que de veintidos mil hombres que contaba cuando comenzó el cerco, apenas en la retirada llevaba catorce mil (6).

Despues de esta gloriosa expedición, con que logró el de Leganés rehabilitar su fama, volvió el rey á Zaragoza. Allí tuvo el sentimiento de ver enfermar y morir al príncipe Baltasar Carlos (9 de octubre, 1646), á quien acababa de llevar de reino en reino para hacerle reconocer heredero de su trono. No solo al monarca, sino á la nacion toda, causó gran pena la prematura muerte del príncipe, siendo como era el único heredero varon. Volvióse Felipe á Madrid, donde se consoló de su aflicción mas pronto de lo que era de esperar, y de lo que exigían los sentimientos de padre y de rey.

Que ya por este tiempo el rey habia vuelto desgraciadamente á sus antiguas costumbres. Entregado á don Luis de

(2) El proceso de estas córtes, que son las últimas de aquel reino se halla en el archivo del mismo. Al final se encuentran los fueros que se hicieron tambien en ellas.

El señor Cánovas supone equivocadamente haberse celebrado unas y otras córtes y hecho el juramento del príncipe en el año anterior de 1644.

(3) En 11 de abril de 1646 le fué otorgado 1.460,000 ducados en plata, pagaderos en seis mesadas. En 3 de enero del 47 (porque estas duraron hasta el 28 de febrero de este año) le hizo el reino escritura prorogando los servicios de los nueve millones en plata y extension de la alcabala hasta fin del año 50. Y en 21 de febrero de 47 se dió á S. M. consentimiento para que pudiera vender 130,000 ducados de rentas sobre el segundo uno por ciento en lo vendible, y se prorogó el servicio de los 300,000 ducados, mitad plata, mitad vellón.—Archivo de la suprimida cámara de Castilla, tomo señalado *Córtes*, 26.

(4) Murió como hemos apuntado antes, en Toro, en 22 de julio de 1645.

(5) Yanguas: Adiciones al Diccionario de Antigüedades de Navarra, página 316.

(6) Vivanco: Hist. MS. de Felipe IV, libro XV.—Tíó: Guerra de Cataluña, libro VIII.—Límiers: Historia del reinado de Luis XIV, lib. I.

(1) Hiciéronse tambien en estas córtes fueros, que se imprimieron con este título: «Fueros y actos de corte del reino de Aragon, hechos por la S. C. Md. del rey don Felipe, nuestro señor, en las córtes convocadas y fenecidas en la ciudad de Zaragoza en los años 1645 y 1646.»—Zaragoza, 1647, un tomo en fol.—En el Códice de la Biblioteca Nacional, S. 100, se hallan extractos del registro de estas córtes, y varios papeles relativos á ellas, algunos originales.